DIALOGOS DEL ALMA CONSIGO MISMA

HISPANIDAD Y MODERNIDAD

POR
PEDRO LAIN ENTRALGO

II

ESPAÑA «RESTAURADA»

Desde 1808 a 1875, el alma de todos los españoles sensibles a la historia estuvo sometida a una violenta tensión trágica. El «problema de España» dejó de ser académico y erudito, como en el siglo XVIII había sido, y se hizo popular y vital, pleito de mano armada y sangre efundida. La polémica literaria (Feijoo, Forner, Moratín, Jovellanos) se trocó en guerra civil. Más aún: en guerra civil feroz, irresuelta y, en el fondo, irresoluble. No puede extrañar que los desórdenes de la Primera República, último episodio de nuestra agonía política ochocentista, extremasen la fatiga de las almas españolas y pusiesen en todas muy a flor de piel un ansia vehemente de paz, de reposo, de tibieza, aun cuando para ello hubiese que fingir o improvisar una general «concordia». Fruto de tal estado de ánimo fué la Restauración de Segunto; quiero decir, el evidente buen éxito nacional de la Restauración.

La Restauración de Sagunto trajo a los españoles no pocos bienes: paz interior, cierta alegría zarzuelera en la estimación de su vivir cotidiano, un considerable progreso material y científico. Pero—y esto había de ser, a la postre, el germen de su disolución—no

supo resolver con decisión y hondura el verdadero «problema de España». Sobre la tranquila sobrehaz de la España «restaurada» perdura la vieja polémica. No es ahora sangrienta; vuelve a ser, como en el siglo XVIII, literaria. Su modo de expresión, condicionado por lo que la situación histórica pide, no tendrá ya, sin embargo, el sereno—e ingenuo—empaque académico de las disputaciones dieciochescas, y será periodístico y parlamentario. Es, en suma, la hora de la famosa «polémica de la ciencia española», que, no por azar se inició en 1876, apenas resturada en Alfonso XII la monarquía.

Conviene descubrir en el suceso de esa polémica lo que ella verdaderamente significa. No fué un mero episodio de nuestra historia intelectual, y menos un incidente literario pintoresco o apasionante. Era, en su médula, el testimonio fehaciente de que el problema histórico de España continuaba por resolver. El pleito entre la hispanidad tradicional y la modernidad europea, vigente, en una u otra forma, desde la segunda mitad del siglo XVII, seguía en pie, y en torno a él tomaron su personal actitud Azcárate, Menéndez Pelayo, Revilla, Salmerón, Perojo, Pidal y el P. Fonseca.

Trataré de reducir a sinopsis el contenido de esta resonante «polémica de la ciencia española». La imagen habitual de la disputa hállase compuesta por dos elementos: un protagonista, Menéndez Pelayo, defensor de España y del Catolicismo, y un grupo de antagonistas, negadores de éste y de aquélla, tundidos por el vapuleo polémico a que el recién llegado mozo les somete. Tal imagen es falsa o, cuando menos, incompleta. En el curso de la polémica se dibujó la existencia de tres grupos bien delimitados: 1.° El que formaron Azcárate, Revilla, Salmerón y Perojo. 2.° El integrado por Pidal y Mon y el P. Fonseca. 3.° El constituído por Gumersindo Laverde, precursor, y Menéndez Pelayo, cumplidor cabal. Cada uno de estos tres grupos es epónimo de otras tantas actitudes frente al problema de España, y en ello consiste su importancia para los hombres de hoy.

En el primero perviven las tesis progresistas. Poco importa que en unos adopten el abstruso indumento del krausismo (Salmerón), revistan en otros un cariz más positivista (Revilla) o sean en algunos un mediocre y tímido remedo del *Volksgeist* romántico y del pensamiento doctrinario (Azcárate). Bajo diverso rostro, todos confiesan una misma interpretación de la historia de España y aun de la historia en general: confían en el quiliasmo laico de la utopía progresista, niegan todo valor histórico a la empresa de la España austríaca—o le atribuyen un antivalor, una significación nociva—y

postulan la necesidad de recomenzar *a limine* nuestra historia. «Hay que empezar de nuevo», reza el lema común. Apenas es necesario advertir que es una determinada situación frente al Catolicismo—la cerrada, ibérica hostilidad anticatólica de casi todos los descreídos españoles—el motivo fundamental de cuantos integraron el flanco izquierdo de esta literaria polémica.

El segundo grupo—flanco derecho de la contienda—representaba la perduración de la actitud reaccionaria. No en vano habló Menéndez Pelayo de «la exageración innovadora» y «la exageración reaccionaria». Reaccionario fué, en efecto, Pidal y Mon, no obstante haberse alistado en la hueste canovista. Para él, como para el P. Fonseca, toda la historia de Europa posterior al siglo XIII fué un «error total»; y lo mucho que de laudable tuvo la España de Carlos V y Felipe II no habría consistido sólo en su ardiente y combativo Catolicismo, sino también en su fidelidad a la máxima creación humana del siglo XIII: el tomismo. El tradicionalista filosófico al modo de Lamennais no cree en la virtud de la razón humana; el reaccionario al modo del P. Fonseca y de Pidal cree que la razón y la libertad del hombre pueden engendrar obras valiosas, pero sólo cuando esa razón sea la de Santo Tomás o la siga servilmente; y así sucede que hasta el mismo Suárez, escolástico disidente del tomismo estricto, viene a parar en sospechoso o en preterido. «Hay que volver», dice la consigna de los reaccionarios, frente al radical «hay que empezar» de los innovadores.

Por honda que sea nuestra comunidad religiosa con los reaccionarios de la polémica, por grave que deba ser nuestro apartamiento de los progresistas, la mirada del español actual—la mía, por lo menos—descubre entre los dos contrapuestos equipos no pocas coincidencias: su mediocridad intelectual, su común incomprensión de lo que en verdad fué y quiso ser la España del siglo XVI, su total carencia de sentido histórico, su triste moral de impotencia, en tanto españoles. El progresista español del siglo XIX apenas admite la capacidad creadora de España dentro del mundo moderno, y se refugia en la copia servil de lo extraño. Ni siquiera tenían nuestros «avanzados» aquella confianza en la imitación con que los japoneses de entonces se lanzaron a la conquista de la técnica europea. El reaccionario, por su parte, no cree compatible su fe religiosa con el mundo moderno, y se guarece en una añoranza más o menos retórica de la Edad Media. Si uno y otro viajan en ferrocarril o hablan por teléfono—es decir, si utilizan la técnica «moderna»—el progresista español lo hace como lacayo y el reaccionario como intruso.

Menéndez Pelayo, tercero en discordia—y, en el fondo, primero

en concordia—, inaugura una manera nueva de plantear y resolver el problema de España. Comienza por afirmar con rotunda decisión la índole renacentista, «moderna», de la cultura española del siglo XVI. Los grandes españoles—Vives, Fox Morcillo, Soto, Vitoria, Suárez—fueron a la vez católicos y modernos, afirma el Menéndez Pelayo polemista; tal habría sido su peculiaridad histórica y su gloria. Pero frente a ellos se levantó el error de la Europa posterior al Renacimiento, y ésta fué la que al fin prevaleció sobre nosotros. De ahí que el Menéndez Pelayo de la polémica, reaccionario, aunque no de la Edad Media, proclame también un «hay que volver». El término de este programático retorno sería nuestro siglo XVI: el pensamiento de Vives, la síntesis aristotélico-platónica de Fox Morcillo, la teología tridentina de Soto, la jurisprudencia de Vitoria.

No paró aquí, sin embargo, la mente de Menéndez Pelayo. La elaboración de la *Historia de las ideas estéticas* le obligó a revisar muchos de sus juicios acerca de la cultura europea posterior al siglo XVII. Basta leer sus reflexiones acerca de Kant, Schelling y Hegel, para advertir la enorme anchura ganada por el horizonte histórico e intelectual de don Marcelino al pasar desde su juventud polémica a su serena y victoriosa madurez. Cuando mozo, la historia del espíritu humano se acababa para él en el siglo XVII; más acá todo sería confusión y extravío. En su madurez, en cambio, *tutte le etá gli sembravano igualmente degne di studio*, como de él dijo Farinelli en su elogio funeral. En todo esfuerzo intelectual y estético de algún calado veía algo positivo, y junto a toda sombra advertía puntos o sábanas de orientadora luz. ¿Debe admirar que quien así ha dilatado el ámbito de su visión sienta agitada su alma de católico por no pocos problemas inexistentes en el siglo XVI, y conmovido su corazón de español por una esperanza distinta del puro recuerdo?

Tan pronto como llegó a su madurez—tan temprana en él—, cambió Menéndez Pelayo aquel candoroso e imposible «hay que volver» de la juventud por un «hay que proseguir». También en su tiempo sería posible hacer algo «sustantivo y humano». Si los grandes españoles del siglo XVI habían catolizado el Renacimiento, ¿no cabría hacer otro tanto con lo que de salvable hubiera en la cultura secularizada de los siglos XVII, XVIII y XIX? ¿No era esto, acaso, lo que él pensaba en 1884, cuando en un delicioso discurso político proponía a sus futuros electores la empresa de edificar un «hegelianismo cristiano»? Si nos atuviésemos a la letra del propósito, hoy lo habríamos de considerar excesivamente ingenuo. No es la letra, sin embargo, lo que de él vale, sino el sentido.

Tres eran los elementos principales del que latía en el definitivo

programa intelectual de Menéndez Pelayo: 1.° Un conocimiento profundo de nuestra propia historia y, por lo tanto, de la historia universal del pensamiento. 2.° Una firme voluntad de incorporar al pensamiento propio todo lo bueno y valioso que en lo nuevo y ajeno vaya descubriendo nuestra personal experiencia. 3.° La despierta y activa ambición de una obra intelectual nueva, original y cristianamente oportuna. «El ánimo se ensancha y augura mejores días—escribió una vez, antes de que le invadiese el pesimismo de sus últimos años—, y hasta sueña con ver en plazo no remoto levantarse en este erial en que vivimos algo que se parezca a un pensamiento propio y castizo, no porque servilmente vaya a calcar formas que ya fenecieron, sino porque, adquiriendo plena conciencia de sí mismo, conciencia que sólo puede dar el estudio de la historia..., empiece a realizar de un modo consciente y racional las evoluciones que desde hace más de un siglo viene realizando con temeraria y ciega inconstancia».

Observemos cómo el proyecto de don Marcelino frente al irresuelto «problema de España» descansa sobre una esperanza distinta a la vez de la utopía progresista (el quiliástico «estado final» de todos los evolucionismos históricos: el de Hegel, el de Augusto Comte, el de Marx, el de Spencer) y de la utopía integrista (el futurible de un mundo ulterior a una hipotética victoria total de Felipe II). *La esperanza de don Marcelino consistía en la posibilidad de hacer en España algo verdaderamente «sustantivo y humano» apoyando la acción creadora en tres supuestos: la capacidad inexhausta del hombre español (o, como entonces se decía, la «energía de la raza»), la realidad de nuestra historia, entendida sin mixtificaciones progresistas o reaccionarias, y la situación histórica del espíritu humano en el último cuarto del siglo XIX.*

La radical esterilidad de la contienda íntima que había sido nuestro siglo XIX contribuyó a determinar, sin duda, esta «tercera posición» iniciada por Menéndez Pelayo. La paz interior que trajo a España la Restauración de Sagunto hizo luego posible que esa «tercera posición» diese *socialmente* algunos frutos estimables. Demuéstralo así el hecho de que don Marcelino no se hallase solo. Junto a él estuvieron sus coetáneos Ramón y Cajal, Hinojosa, Julián Ribera, Olóriz, Ferrán, García de Galdeano; es decir, los hombres de quienes procede—por creación personal o por suscitación de discípulos—lo mejor de la ciencia española durante los cincuenta y cinco años de la Restauración. Cada uno de esos adelantados tuvo, claro está, sus diferencias individuales, y no todos profesaron el profundo catolicismo de Menéndez Pelayo; pero ninguno dejó

de confesar en el fondo de su alma la esperanza española antes apuntada. Basta, por lo que a Cajal toca, releer el discurso que sobre el quijotismo pronunció en 1905, cuando el tercer centenario de nuestro máximo libro.

Todos ellos querían más o menos expresa y deliberadamente salir para siempre de la polémica estéril y sangrienta que había sido nuestro siglo XIX. Pero así como Cánovas y Sagasta buscaron la receta en un endeble artificio político, unos cuantos hombres jóvenes de 1880 la vieron en el trabajo personal y creador. Por primera vez llegó a existir en la España ochocentista una investigación científica seria y eficaz. Un doble imperativo—«estar al día», hacer algo en verdad «sustantivo y humano»—se adueña de no pocos espíritus a esa hora decisiva en que el hombre descubre su persona y su vocación. Son los años heroicos en que Menéndez Pelayo compone febrilmente los *Heterodoxos*, se embriaga de imágenes histológicas nuevas el ojo de Cajal, aprende Ribera con empeño concentrado la técnica de la tipografía árabe, cultiva vibriones coléricos Ferrán, bucea Hinojosa en las fuentes de nuestro Derecho y estudia García de Galdeano la matemática europea del siglo XIX (1).

El «problema de España», la colisión agónica entre la hispanidad tradicional y la modernidad europea, había sido al fin rectamente planteada en el espíritu de no pocos españoles. ¿Por qué no llegó a ser definitivamente resuelto en los años de la Restauración y la Regencia? Repetiré lo antes dicho: la calma política que dió a España la Restauración de Sagunto permitió que algunos hicieran individualmente efectiva aquella inédita esperanza de una patria creadora y fiel a sí misma; pero el Estado nacido de la Constitución de 1876 no supo convertir en programa nacional la vía abierta por el esfuerzo y el ensueño de Menéndez Pelayo, Cajal y sus coetáneos. No hubo «buen sennor» para aquellos buenos vasallos, y así fueron llegando los sucesos que jalonan la disolución de la Monarquía restaurada: el desastre de 1898, la rápida descomposión de los partidos políticos institucionales, la «Semana trágica», el auge del republicanismo y del socialismo. Maura, el político derechista de esa generación, fracasó en su generoso empeño de liberalizar la derecha española y hacer una «revolución desde arriba»: el 21 de octubre de 1909 murió políticamente un hombre en quien había sido posible el triunfo definitivo de la «tercera posición». Canalejas, el político izquierdista de aquella situación de España, fracasó en su gran empresa de nacionalizar la izquierda española: su asesinato no fué

(1) Doña Emilia Pardo Bazán, «Clarín», Palacio Valdés y el P. Coloma son los literatos de esta generación; Maura y Canalejas, sus políticos.

sino el sangriento testimonio de su fracaso. La verdad es que ambos fracasos políticos, el de Maura y el de Canalejas, tenían una misma raíz, la incapacidad de la política finisecular para resolver—o para empezar a resolver, cuando menos—el permanente «problema de España». Un curioso y delicado acontecimiento literario va a demostrarlo en el último lustro del siglo XIX: la aparición de la que luego será llamada «generación del 98». Pero de todo esto será bueno tratar otro día.